



JOAQUIN JUSTEL

Nació en España el 1º. de octubre de 1918,
falleció en Don Bosco (Rep. Argentina)
el 16 de noviembre de 1988.

Joaquín Justel

JOAQUIN JUSTEL, sacerdote, miembro de esta comunidad salesiana de Don Bosco, falleció el 16 de noviembre de 1988. Quienes estuvimos a su lado sentimos el deber de comunicarlo al resto de los salesianos y a sus muchos amigos. En la despedida final se dio cita la población de Don Bosco en forma masiva. Celebramos la misa, sus hermanos en religión: era un hermoso conjunto y sacerdotes de la diócesis de Quilmes, a la que pertenecía.

Algunos datos biográficos

Joaquín nació el 1º. de octubre de 1918 en Castrocontrigo, diócesis de Astorga, Provincia de León, España. Ya en la Argentina conoce a la congregación en nuestra casa de Corrientes, a la que llegó por mediación de un tío sacerdote, a quien mencionaba con frecuencia. En la casa de formación de Bernal hizo el aspirantado entre los años 1932 - 1936.

Con el P. Nicolás Esandi a la cabeza, los salesianos supieron crear un clima de familia, con un espíritu similar al del Valdocco de la edad de oro. Eran más de 200 aspirantes, guiados por formadores ricos en espiritualidad y cultura. Fueron años de entusiasmo y crecimiento continuado de la congregación en la Argentina. En un ambiente de gran pobreza, pero al mismo tiempo de honda piedad y contagiosa alegría, despuntaba la ilusión esperanzada en los corazones de aquellos niños y jóvenes estudiantes.

Terminado el esperantado, Joaquín cumple el año de noviciado, también en la casa de Bernal. Bajo la guía del maestro P. José Bomone se prepara para la primera profesión salesiana, emitida el 29 de enero de 1938. Estos actos se acostumbraban en el Bernal de entonces con gran despliegue y solemnidad. cumplir

Pasa al posnoviciado (conocido entonces entre nosotros como "acolitado" o primer trienio de votos), siempre en la misma casa de Bernal. Allí cursó los estudios de filosofía y la escuela secundaria, recibiendo el título de maestro normal nacional, el año 1944. Sus superiores dejan constancia de algunas cualidades suyas: "buen salesiano, humilde y piadoso, amante del trabajo y que se dedica con empeño a todo lo que se le encomienda". Así será toda su vida.

La reflexión teológica la cumplió en Córdoba, en el Instituto Villada, Cuatro años de estudio en los que confrontó los manuales con los documentos del Magisterio de la Iglesia y la congregación y la rica divulgación doctrinaria de la época.

El 21 de noviembre de 1948 fué ordenado presbítero en la misma ciudad de Córdoba por Monseñor Fermín Lafitte.

Joaquín, hijo de Don Bosco

Tenía un alma llena de bondad. Amaba a todos pero emergía en él su amor por los jóvenes como expresión de su interioridad apostólica. Comprensivo, lleno de afecto que, como Cristo, no vió a condenar sino a salvar. Junto a él se sentía el deseo de ser más bueno.

Era hombre de oración, pero dedicado con serena constancia al ministerio cotidiano. Al final de su vida, cuando más estuve en contacto con él, lo veía rezar "sin interrupción" como dice el Evangelio. Todavía recuerdo sus largas caminatas a paso cansino desgranando las cuentas del rosario. Su amor a María Auxiliadora tenía ribetes de ternura filial. Mostraba su convicción de no poseer una personalidad sobresaliente, pero su vitalidad interior y su responsabilidad en el deber le daban presencia y eficacia. Dios lo había dotado de un extraordinario buen sentido y equilibrio. Trasuntaba serenidad y una presencia ecuánime. Su natural gragejo y buen humor mantenía su espíritu juvenil, no obstante su porte más bien adusto. Junto a él bullía el clima de fiesta y alegría. Se esforzaba por estar siempre en la brecha no obstante sus problemas de salud. Era muy casero, aunque su misión de pastor lo movía a participar en la vida de las familias de sus feligreses, con quienes mantenía relaciones profundas. Creaba con facilidad el clima de diálogo. Se revestía de especial fuerza cuando se trataba de la defensa de la verdad.

Su testimonio salesiano era pues estimulante, aunque aquí hayamos podido sólo insinuar algunos pocos aspectos. Brillaba en Joaquín la adhesión a Cristo a quien llegaba pisando las huellas del Fundador. Recorrió este camino con perseverante fidelidad y convicción. Sólo su fuerza de fe y su constante diálogo con Dios permiten comprender la coherencia constante de su vida. Su amor a Don Bosco era varonil y lleno de sinceridad, así como a su espíritu y a su carisma. Era como el trasunto de su vida interior.

Pastor Bueno, entregado a los demás

Poseía un corazón de Pastor. Le acicateaba la preocupación por el crecimiento espiritual de sus colaboradores y de los fieles. Era sacerdote de alma y cuidaba de su sacerdocio con fuerza y sana prudencia. Su alma de pastor se fué formando con la ayuda de la gracia y el constante don del sí. Lo impulsaban a prodigarse en la acción apostólica, la gloria de Dios y el bien de las almas. Le preocupaba la activa participación de todos en la liturgia. Te-

nia muy presentes las enseñanzas del Magisterio. Leía asiduamente L'Osservatore Romano y lo comentaba. Amaba con un amor convencido al Papa y reverenciaba al Obispo.

Su hablar era sencillo, hasta a veces simple, pero claro, al alcance de todos, especialmente de los niños; ameno y matizado con atractivas narraciones. "Sus sermones de los domingos, cortitos pero con abundante contenido", nos escriben los feligreses. Poseía un enviable gracejo que sembraba la alegría en su alrededor. Respetaba a todas las personas sin establecer distingos.

El secularismo que horizontaliza al hombre, marginando el misterio y la fe y desposeyendo entre nosotros de su sentido de trascendencia al Sistema Preventivo, quizá constituya el más grave desafío de la hora. Joaquín, preocupado por sus avances, lo enfrentaba enseñando a mirarlo todo desde Dios, transmitiendo la centralidad de la gracia y la fe en el seguimiento de Cristo, poniendo muy en alto lo sobrenatural en Don Bosco.

Su trabajo pastoral privilegiaba la atención de los enfermos y carentiados. Los trataba con afecto, los visitaba asiduamente, administrándoles los sacramentos y las ayudas requeridas.

La muerte del P. Joaquín privó a la casa de un hermano que encarnó las enseñanzas de la Iglesia y la congregación. En la humildad de su trabajo queda prendida su alma enamorada de Cristo y la Iglesia. Nos escribe el P. E. Hernando: "Pudiéramos decir, como de Cristo: pasó su vida salesiana y sacerdotal "haciendo el bien." y podemos añadir: "en profundidad", pues no hay casi persona, que al ver su foto en el salón, Oficina/Parroquial, que fue su último lugar de trabajo, no prorrumpa en expresiones laudatorias, recordando su trato y la bondad que trasuntaba de su persona. Muchos son igualmente los que lo recuerdan y añoran como confesor y padre espiritual. Estas mismas realidades las he comprobado en la casa de Ensenada, donde fué párroco y director por largos años".

Y no quisiera concluir sin volver a afirmar que este rielar del alma del P. Joaquín, tuvo, como en Don Bosco una sola fuente: su corazón, corazón lleno de luz, con capacidad de amor y lo que vale más, capacidad de hacer conocer que amaba.

JUAN D. MONTEVERDE
CURA PARRICO



al servicio de la comunidad salesiana